

Era el pueblito más feliz del que se tenga recuerdo. Desde que el sol doraba el paisaje al amanecer, hasta que el viento de la tarde llegaba juguetón a retozar entre sus árboles, los algarrobos, el pueblito parecía una fiesta.

Todos cantaban mientras tallaban hermosas figuras, usando algunas ramas de algarrobo. Era un pueblo de artistas.



Un día, llegó un fornido forastero. Los vecinos lo acogieron con simpatía y le brindaron su amistad y sus casas. A cambio, el recién llegado se ofreció a podar las ramas que necesitaban para sus tallados en madera.

Así pasaron las semanas, hasta que al viajero, que era leñador, se le ocurrió no solo podar, sino cortar un árbol completo en las afueras del pueblo.



«Venderé esta madera en el pueblo vecino, donde quién sabe por qué no tienen algarrobos, y así ganaré más que cortando unas ramitas», se dijo el leñador.

Y, al cabo del día, partió hacia el otro pueblo, llevando en una carreta al algarrobo convertido en un montón de leña.

A su regreso, paseó por las calles del pueblo con aire triunfal.

—Hice el negocio de negocios —dijo con una amplia sonrisa.





Casi sin darse cuenta, pronto todo el pueblo hizo lo mismo. Los *piqjenos*, que es así como llaman allí a los burritos, cargaban todo el día la madera.

Poco a poco, los árboles cercanos se fueron acabando, y los vecinos empezaron a pelear entre ellos cuando, tras larga caminata, encontraban uno.

Así, en aquel pueblo antes alegre y trabajador, los pobladores se volvieron hoscos y cansados.

Y el desierto rodeó sus casas y cubrió de arena sus días.

